

—Es cierto, mi buen señor; porque ¿quién ignora que esa señora murió en el incendio de su casa?

—¿Cómo! joven. Se quemó la casa de don César?

—¡Ay! Sí señor, y con la señora dentro: los bomberos no pudieron entrar á salvarla.

El viajero estaba aterrado. Sintiendo mortalmente herido con tan espantosa noticia, sus manos y piernas le temblaban. Después de haber permanecido algunos minutos con la cabeza entre las manos, la levantó diciendo:

—Dígame Ud. ¿doña Angelina no tenía alguna amiga?

—Ah, sí, sí señor—dijo el muchacho apresuradamente contento por tener algo bueno que decir—doña Carmen de Sozano era muy amiga de la finada; la quería como á sus hijas. Ahora toda la familia viste luto por la muerta.

—¿Y dónde vive es señora?

—Enfrente mismo de la casa quemada.

—¿Podría Ud. proporcionarme alguien que me acompañara para no extraviarme?

—Si no es necesario, señor. Siga Ud. calle derecha y á las seis ó siete cuabras ve las ruinas del incendio: enfrente mismo, en la otra acera hay una casa que tiene dos ventanas y un balcón al medio: ahí vive doña Carmen.

—Ahora, deme Ud. una copa de cognac.

El mozo se apresuró á servir el licor y el triste viajero lo apuró hasta fortalecerse un poco—que bien lo necesitaba después de tan rudo golpe. Entregó al muchacho un doblón de á cuatro, diciendo:

Cóbrese el fresco y el licor: el sobrante para Ud.

—¿Tanto dinero me da por tan mala noticia?

—Ud. me ha dicho la verdad: quede Ud. con Dios.

Tomó la maleta caminando calle arriba. A las seis cuabras vió á su derecha un gran montón de ruinas. Solamente las sólidas paredes maestras estaban en pié: lo demás había desaparecido.

Como nadie reclamaba el sitio, y el único dueño no regresaba de su largo viaje, la Autoridad local había mandado cercar provisionalmente con empalizada hasta ver si llegaba César.

El caballero absorto en tristísimos pensamientos contempló con honda pena el sitio donde quedaron enterradas sus más halagüeñas esperanzas.....

—Esto es hecho—murmuró.—¡Seamos hombres!

Volviéndose, vió á su lado la casa indicada. Entró en el zaguán y abriendo la puerta de campanillas dió dos palma-

das. En lo alto de la escalera apareció una mujer con algo negro por encima—diciendo:

—¿Qué quiere el señor?

—Deseo ver á la dueña de la casa.

—Pos suba que aquí está.

Oyendo doña Carmen que alguien preguntaba por ella se adelantó hasta la puerta de la sala.

—A los piés de Ud., señora—dijo el visitante.

—Beso á Ud. la mano, caballero; sírvase pasar adelante, y tenga la bondad de sentarse.

Corina y Adela, medio se levantaron: el viajero las saludó poniéndose á los piés de las señoritas; contestando ellas al unisono, con el beso á Ud. la mano, saludo corriente en España.

Las tres señoras vestían de riguroso luto.

—Caballero—dijo doña Carmen—como no tengo el honor de conocer á Ud. le suplico me diga á qué debo la honra de su visita.

—Señora, dispéñseme Ud. si desde luego no he hecho por mí mismo la presentación; pero un sentimiento de profunda amargura me ha dominado, haciéndome enmudecer, al contemplarlas á Udes. llevando riguroso luto por mi infortunada hija, ¡por mi infeliz Angelina! Me llamo Alberto Sorel.

—¡Dios mío!—exclamó doña Carmen.—¿Es posible que sea Ud. el padre de mi desgraciada amiga?

Y lágrimas de dolor y desconsuelo corrían hilo á hilo por sus mejillas. Las dos niñas lloraban también. Don Alberto no dejó de verter algunas.

Pasada la primera emoción, dijo doña Carmen:

—Ahora, don Alberto, dígame cómo pudo salvarse del naufragio de la "Isabela." ¡Ay! su hija, nuestra inolvidable Angelina, leyó en un periódico la relación bien detallada. Allí se daba por segura la pérdida de ese barco, con todas las personas que venían en él. Sólo un marinero que se tiró al mar y arrojó nadando el furor de la tempestad, pudo abordar á un islote de donde, al día siguiente, fué recogido por un juncu malayo que lo condujo á Manila. Allí el naufragio dió cuenta de la pérdida de la corbeta creyendo todos que aquel marinero era el único sobreviviente del desastre. ¿Cómo se salvó Ud.?

—Pues bien, señora, toda esa relación es cierta respecto á la nave, que realmente se hundió; pero tripulación y pasajeros todos fuimos salvados cuando ya no teníamos espe-

ranza alguna. Si el barco hubiera continuado sobre el arrecife de coral, que rompió su fondo, se hubiera roto poco á poco porque tenía un lecho sólido donde descansar. Pero no sucedió así. A la luz del día, habiendo echado la sonda, se comprendió que ya no había punto de apoyo; la embarcación, con la violencia de las olas, derivó un poco: ahora descansaba sobre el abismo que paulatina é inexorablemente se la iba tragando. Medio anegada la cubierta todos trepamos á la arboladura; los más listos hasta la punta de los mástiles. ¿Por qué y para qué? No lo sabíamos. Sólo el instinto de salvación nos hacía amontonar sobre las vergas que semejaban un verdadero racimo humano. Cuando ya la cubierta estaba medio sumergida se distinguió en el horizonte un barco, que por fortuna, caminaba en dirección del naufragio. Todos los pasajeros y tripulación llevábamos armas de fuego cargadas, porque en aquellos mares abundan los piratas malayos. La "Isabela" llevaba su batería, pero esa estaba ya sumergida; solo los hombres conservábamos, ilesos, nuestros pertrechos defensivos. Nos pusimos de acuerdo, y á la voz "fuego" dada por el capitán, resonó unísona una descarga de más de sesenta tiros. El agua, tan buena conductora del sonido, hizo que allá en el buque se oyera el ruido y se nos viera, porque los marineros quitándose sus camisas las agitaron en el aire. Sin duda con anteojo pudieron ver desde allá nuestra aflictiva situación, porque al momento vimos destacarse del barco cuatro lanchas que bogaban rápidamente hacia nosotros. Los buenos hijos del Celeste Imperio, cumpliendo los preceptos de Caridad de su dios Budha y de su insigne Moralista Confucio, volaban á salvarnos de una muerte cierta. Entretanto el buque, muy velero, ya dejaba distinguir el pabellón chino. Nuestros marineros, conociendo que las cuatro lanchas no serían capaces para salvar á todos, se lanzaron bravamente al agua—por cierto ya tranquila—nadando hacia la embarcación llegaron á ella primero que nosotros. Los tripulantes de las lanchas, ya inmediatas, nos invitaban con gestos á embarcarnos pronto, pues la vorágine que se abre al hundirse una nave es muy peligrosa hasta cierto radio. Los que sabíamos nadar nos arrojamos al mar ganando al momento los esquiifes salvadores. Los demás, atados con cables por la cintura, fueron arrastrados á bordo. No era posible poner las lanchas sobre el abismo. El capitán, cumpliendo con su deber, fué el último que se salvó y lo hizo tirándose al mar cuando ya los chinos, empuñando los remos, vogaban á prisa mar afuera. Dos minutos

después un oleaje algo agitado empujó las embarcaciones con cierta rapidez. Volvimos la cabeza y ya no vimos barco alguno. Entonces comprendimos que la fuerte oleada la produjo la "Isabela" al desalojar el agua para dar paso á su gran mole que fué á hundirse para siempre entre los arrecifes de coral. . . . Ya todos en salvo, empuñamos algunos remos para descansar á los chinos, que sudaban la gota gorda. El capitán nos acogió con mucho agrado. Siendo nuestro salvador, no sabíamos cómo agradecer tal servicio. Entre todos los que en cinto llevábamos algún dinero le ofrecimos una buena suma, que él rehusó generosamente, alegando que necesitaríamos gastar algo durante nuestra permanencia en Macao, donde acaso tardaría en llegar buque que nos repatriara. Aquel día lo pasamos vestidos á lo chino, pues entre todos ellos nos proporcionaron ropa para mudarnos. Dos semanas después llegamos á Macao. Allí tuve que aguardar cerca de dos meses hasta que se presentó un buque que hacía viaje para Europa. Fuí á despedirme del buen capitán, y le regalé un hermoso reloj en memoria de su generosidad pasada. Al fin me embarqué y he llegado, pero demasiado tarde, por mi desgracia. A no haber sido el siniestro de la "Isabela" habría regresado tres ó cuatro meses antes. ¡Cómo ha de ser! "El hombre propone y Dios dispone."

Así terminó don Alberto una narración que, en otras circunstancias, hubiera llenado de gozo á sus oyentes, más, en las actuales, exacerba la pena y el dolor que les afligía. No parece sino que alguna potencia invisible y maléfica cernía la desgracia sobre esa triste familia.

Al fin, el caballero suplicó á doña Carmen le refiriese algunas particularidades de la vida de su hija. La señora, accediendo á los deseos del pobre padre, contóle minuciosamente todo lo ocurrido á su amiga desde el ya lejano tiempo en que por primera vez la conoció. No omitió ni el funesto atentado ni el robo del niño; también le enseñó la carta de César traducida, tal cual se la dió Angelina, y al fin añadió:

—En el momento en que sintió morir, ella estaba absorta contemplando el retrato que Ud. le había enviado de Manila.

—¡Qué coincidencia más funesta! Yo, pues, inconsciente, veo que he sido el autor de tamaña desgracia. Tócame á mí reivindicar la honra de mi hija ante su tirano esposo. Cuando sepa que él es la causa de la muerte de una mujer completamente inocente, sus remordimientos serán eternos; esa será mi venganza! Mañana emprenderé nuevo viaje con

objeto de buscar á ese traidor y arrancarle mi nieto. Siento no tener ningún dato que me guíe, pero seguiré la pista de un hombre, una anciana y un niño: me prometo descubrirla. Si á lo menos tuviera algún retrato.....

—¡Oh! yo conservo la fotografía de él y también la de Angelina.

—Tenga Ud. la bondad de enseñármelas.

Doña Carmen abrió un neceser y presentó á don Alberto los dos retratos. Este contempló primero el de Angelina diciendo emocionado:

—¡Cuán hermosa era mi hija!

—Sí, señor: no había otra tan bella.

Después examinó atentamente la imagen del yerno, diciendo:

—Y á pesar de todo, este hombre tiene la fisonomía de un buen sujeto; es bello y de atractivo semblante. ¡Ah! no hay que fiar en apariencias!

—Pero si César es un perfecto caballero—dijo la señora.

—Pues á juzgar por su brutal conducta.....

—Sí; no lo disculpo; pero en un arranque pasional, el hombre, á veces, se convierte en asesino. Ud. lo sabrá, porque no son pocos los casos sucedidos en ese orden de cosas. Me dice Ud. que va á partir en busca de los fugitivos; ella esperaba la llegada de su padre para rogarle de rodillas que la acompañara en el viaje proyectado con el mismo objeto.....

—¡Hija de mi alma! Tú no puedes seguirme, pero te juro que yo cumpliré tu postrer deseo!

Así diciendo, don Alberto se levantó y pidió permiso para abrir el balcón; quería contemplar las ruinas á vista de pájaro. Después de examinarlas detenidamente se volvió á doña Carmen.

—Señora—la dijo—será Ud. tan bondadosa que me preste su valiosa cooperación para realizar un acto de beneficencia?

—Caballero: mi respuesta es muy sencilla, se encierra en dos palabras: soy cristiana.

—Ya comprendo el alcance de la frase. En consecuencia, voy á exponer á Ud. mi idea. Quiero fundar sobre esas ruinas un pequeño Hospicio para huérfanos. Ahora bien, ¿habrá en esta ciudad un Arquitecto que se encargue de la obra?

—¡Oh, sí! Conozco uno muy competente: don Aurelio

Carmona, no solo es un buen constructor sino también un afamado retratista.

—Justamente. Ese artista reúne las dos condiciones que necesito para llevar á cabo mi proyecto. ¿Cómo y cuándo yo podría hablar á ese señor?

—Si Ud. conviene yo puedo llamarle aquí; y supuesto que Ud. desea asociarme á esa obra meritoria, será bueno que me imponga de todo lo relativo al asunto.

—Muy bien pensado. Sírvase pues mandar aviso al señor Arquitecto.

—Poniéndole dos letras vendrá enseguida. Con el permiso de Ud. voy á escribirle.

Sentóse en su escritorio, tomó una hoja de papel y escribió rápidamente: "Amigo D. Aurelio. Tenga la bondad de venir á esta su casa apenas lea estas líneas. Se trata de construir, lo más pronto, un asilo de Beneficencia. El filántropo señor que abonará todos los gastos de la obra, le aguarda á Ud. con impaciencia. Su affma., Carmen."

Bonifacia se encargó de llevar la apremiante misiva. Media hora después llegaba don Aurelio, no poco sorprendido de que hubiera por allí un benefactor de tamaña talla. El señor Carmona, apenas representaba unos 30 años, era pequeño, con ojos negros muy vivos. Todo su aspecto respiraba complacencia y amabilidad. Se conocía á la legua al sujeto que para todo halla arreglo, no diciendo nunca nó, por difíciles que fueran las circunstancias. Después de todo, su eterno deseo de complacer le ganaba las simpatías, aunque jamás llegara á cumplir cosa prometida, por ser ardua é irrealizable la promesa. Eso sí, si él pudiera, todo el mundo sería feliz. ¿Qué más puede decirse? La señora hizo la mútua presentación de los dos caballeros. Tomando la palabra, don Alberto dijo:

—Señor Arquitecto: deseo fundar un pequeño Hospicio en el sitio donde estuvo la casa de don César Velazco. Sírvase Ud. asomarse al balcón para que viendo todo el terreno pueda calcular poco más ó menos el costo del edificio.

Los dos señores se asomaron y después de escudriñar las ruinas dijo Carmona:

—Como quiere Ud. la construcción, ¿de un piso ó de dos? El área es bastante capaz.

—Creo que, para mi objeto, bastará con uno solo. El sitio forma un paralelógramo. ¿Cree Ud. que la fachada es suficiente para que, dividida en tres partes, forme tres sa-

lones, dejando el del medio algo más ancho que los dos laterales?

—Me parece que sí. El frente tiene por lo menos veinticinco metros: dejando diez para el centro nos restan quince para dividirlos en los dos de los lados, que tendrán una capacidad de siete y medio metros. Se pueden hacer tres buenos salones, de buen ancho y largos, si Ud. no dispone otra cosa.

—No señor; apenas le haré una ligeras indicaciones, lo demás se hará como Ud. disponga, porque creo que Ud. me hará el servicio de encargarse de la obra.

—¡Oh! si señor; tendré en ello un placer, máxime cuando se trata de realizar un acto tan benéfico.

—Pues, dando á Ud. las gracias, le haré las indicaciones á que aludí antes. Pienso que el primer salón—el del medio—sirva como gran aula para los estudios de las niñas, dejando atrás capacidad para una pieza pequeña que comunique con ambos lados del edificio. El salón de la izquierda será el gran dormitorio: del fondo subirá una escalera que conduzca á un pequeño piso superior; en él se construirá un cuarto capaz para contener una cama, seis sillas y una mesita para escribir; de esa estancia se dará acceso á una pequeña azotea ó mirador con vistas al mar. El salón de la derecha contendrá en primer término una salita para recibir. Después seguirá comedor y demás dependencias, que Ud. sabe bien son necesarias; cocina, baño, pila de lavar, pequeño patio para secar ropa. Es supérfluo dar estas explicaciones á un Arquitecto, pero me hago la ilusión de que hablando sobre el asunto, el edificio se termina más pronto. ¿Cuándo comenzará Ud. la obra?

—Desde luego.

—Pues bien; no hay para que hacer presupuesto; y abriendo una maletilla sacó una cartera, la abrió y puso en manos de don Aurelio dos billetes de á mil duros cada uno, diciendo:

—Reciba Ud. esa cantidad para los gastos preliminares. Esta señora queda encargada de suministrarle todo el efectivo que vaya Ud. necesitando para la terminación del edificio, como asimismo, para abonarle los emolumentos que Ud. reclame por su trabajo, que espero termine lo más pronto. Ahora me resta decirle que deseo haga por esta fotografía—enseñándosela—un retrato de cuerpo entero y tamaño natural, pintado al óleo.

—¡Oh! conocí mucho á la señora: haré un retrato tan

igual á ella, que sólo falte la voz para conocer que en él no hay vida: la ilusión será completa.

—¡ Muy bien! El retrato será colocado en la pared de fondo del salón de estudio. Al pie, el cuadro llevará esta inscripción: "Angelina Sorel, Fundadora del Hospicio". Ahora, señor don Aurelio, tengo que desempeñar una pequeña formalidad ineludible: hay que pedir permiso á la autoridad. ¿Quiere Ud. acompañarme á la Gobernación?

Don Alberto expuso al Gobernador su plan, y como aquel funcionario vacilara en conceder el permiso por tener dueño ausente el local de las ruinas, y también por haberse sabido públicamente el fusilamiento años atrás, el solicitante hubo de referirle algo de su historia, con cuya narración quedó concedida la licencia, aunque firmando don Alberto un pequeño documento donde constaba que la petición era otorgada condicionalmente, quedando comprometido el fundador á devolver el local el día que pareciera y reclamara su verdadero dueño.

Así terminó el incidente. Bien sabía don Alberto que el dueño no reclamaría nunca. . . . . pero esa historia no podía relatarse ni al Gobernador ni á nadie.

Al salir de la Gobernación, don Alberto dijo:

—Ahora, señor Arquitecto, me despido de Ud., tal vez por largo tiempo, pero algo me dice que volveré á verle un día. . . . .

Don Aurelio deseó muy feliz viaje—ya sabía que se embarcaba—al benéfico señor, y estrechándole la mano calurosamente, se despidió.

De vuelta á casa de doña Carmen, don Alberto volvió á sacar su cartera, la abrió, sacó un fajo de billetes, contó hasta dieciocho y los entregó á la señora, diciendo:

—Aquí dejo á Ud. dieciocho mil duros; de esa suma se sacarán los gastos de construcción, mueblaje y utensilios necesarios para el Hospicio, sin olvidar libros, papel, plumas, etc., etc. El resto Ud., como dueña, lo impondrá en el Banco para que con su renta pueda sostenerse el establecimiento. Esa cantidad no basta; tendré cuidado, así que llegue á Santa Cruz de Tenerife, de enviar á Ud. otros diez mil duros. Allí tengo en depósito todo mi capital que, por medio de aviso cablegráfico, hice girar del Banco Español de Manila al del mismo nombre de la capital de las Canarias. Deseo que á las huérfanas asiladas se les imparta una educación sólida, modesta, que después las haga aptas para libertarlas, por medio del trabajo honrado, de ceder á las acechanzas del vi-

cio. Es inútil decir á Ud. estas cosas que sabe bien, pero aunque Ud. no sea la Directora del Establecimiento, creo que con su clara inteligencia podrá dar algún consejo á la que lo sea. Ud. se tomará el trabajo de buscar alguna respetable mujer que, siendo pobre y con alguna instrucción, acepte con gusto aquel cargo. Una señora que sea idónea para inculcar á sus educandas la verdadera Moral Cristiana; nunca la Moral utilitaria, pues ésta forma hipócritas y aquélla la buena conciencia que no admite **componendas** con el mal proceder. Ya ve, señora, cuánto trabajo pide á Ud. la asociación á mi obra.

—Aunque tuviera mayores dificultades que vencer, siempre me considero honrada con esa caritativa sociedad.

Don Alberto guardó su aún bien provista cartera, y cogiendo su maleta alargó la diestra á la señora. Después de estrechar afectuosamente la mano del viajero, dijo doña Carmen:

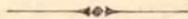
—Siempre creí que Ud. nos honraría algunos días con su presencia.

—Es imposible, señora! mañana zarpa el buque en que vine: si dejo aquí perdidas mis grandes esperanzas, me lanzo rápido en pos de otras. Me llevo el retrato de mi yerno, talvez me sirva de guía. . . . ; Volveré, señora, volveré! Pero acaso pase mucho tiempo antes del regreso; depende del resultado de mis investigaciones. Póngame Ud. á los pies de las señoritas—éstas habian salido—y besando los de Ud., la digo: hasta después.

Don Alberto salió, y encaminándose al muelle fué á tomar pasaje á bordo del mismo bergantín inglés que en la mañana desembarcó.

Dejemos por ahora navegar al buen señor.

Es posible que algún día nos refiera por sí mismo las aventuras y resultado de sus viajes.



---

---

## CAPITULO XIII

### 17 AÑOS DESPUES

#### OJEADA AL PASADO

Como quiera que el lapso de 17 años es un largo período para la pequeñez de la vida, no así para el tiempo y el espacio, donde los siglos pasan como ligeras aristas arrojadas al no ser, es preciso, echando una ojeada al pasado, informarnos de la actual situación de nuestros antiguos amigos, puesto que vamos á dejarlos para hacer nuevos conocimientos con otros personajes muy importantes en nuestra Historia.

Principiamos por decir que el buen Pancho y su novia se casaron cuatro meses después de la muerte de Angelina. Frasquita no quiso que se hiciera fiesta; así fué que todo pasó en silencio. La casita muy bien restaurada, parecía una linda moza acabada de salir del baño. En la blanca pared campeaba el gran cartelón, y al lado su bueno y diligente amigo reloj despertador. Habiéndose realizado todos los planes planteados por el "futuro sabio", se habían también cumplido sus aspiraciones. Ya no se llamaba Pancho, sino don Francisco Umarán; asimismo Frasquita desapareció, reemplazándola doña Francisca León de Umarán. 17 años de asiduo y laborioso trabajo les habían dado la riqueza material; 17 años de constante estudio, dos horas cada velada, habíanlos convertido, si no en sabios completos, por lo menos en personas bastante ilustradas. Ya Pancho no tenía necesidad de valerse de Juanelo para mencionar esta ó aquella Ciencia. Se sabía al dedillo el Olimpo y todas sus pillerías. Sin salir á viajar conocía casi todos los países del mundo por la Geografía y relatos de los viajeros. De la Historia, nada

ignoraba; ni hubo Legislador antiguo ó moderno del cual no tuviera noticia. La Historia Natural y su complemento antropológico eran sus lecturas favoritas. La Geología le encantaba. Estas dos últimas Ciencias lo ponían pensativo por la discordancia de pareceres entre ciertos autores. De Astronomía sabía lo bastante para darse cuenta de la posibilidad de los mundos habitables, según indica el Espectro. Las Ciencias Exactas no le hacían *tilín*, pero al fin conocía que todas tienen, unas con otras, su punto tangible; por qué —por ejemplo: para conocer la circunferencia precisa saber lo que es un círculo, lo mismo para el radio hay que conocer el diámetro; los triángulos para las figuras piramidales; la tangente, el arco, el sector, etc. ¿Cómo van á conocerse esas cosas, si se ignora por completo la Geometría? Lo mismo las Matemáticas, si se ignoran del todo, ¿cómo se numeran las distancias y se miden los grados de la Esfera? En fin, que era preciso, por más antipáticas que le fueran, estudiar un poco de esas Ciencias y así lo hizo. De Agricultura poco estudió porque sabía perfectamente la práctica. Física y Química, tener noticia somera y nada más. De otras varias Ciencias, como Arqueología, Numismática, lingüística..... apenas. El no aspiraba á ser catedrático. En la Etica, se detuvo bastante y la leía con frecuencia: eso de Moral lo consideraba con reverencia. Respecto á la Psicología, Ciencia que enseña el conocimiento interno del hombre ¿para qué estudiarla? El se conocía más perfectamente á sí mismo; los otros serían poco más ó menos tal cual era él. Si se portaban mal era porque no querían someterse á la Ley Moral. Sabía él muy bien que los hombres al nacer, traen á la vida buenas y malas cualidades. Ellos no se hicieron, fueron hechos así; pero al llegar la razón, que permite conocer el bien y el mal, era imperdonable que el individuo no hiciera por rechazar con vehemencia todos los malos instintos nativos y procurara por todos los medios posibles desarrollar los buenos. Pensando así nuestro Pancho, hacía á un lado el tratado de Psicología, tomando en seguida el de Lógica. Bah!—decía al hojearlo—si yo sé pensar bien ¿para qué pierdo tiempo en leer unas cosas que sé practicamente al dedillo? Otro tanto sucedía con la Metafísica. ¡Tanto discurso para probar la existencia de Dios! Si eso queda demostrado levantando la vista al Cielo, en una noche estrellada. ¿Hay algún sabio que forme Astros, y los sostenga rodando en el espacio, sin que descarrilen jamás de sus respectivas órbitas? El día que aparezca un sujeto de esa talla, dejaremos de

creer en Dios; antes nó. Huelga, pues, abismarse en discursos metafísicos. Y el buen muchacho ponía á un lado el volúmen. Así, de las cuatro Ciencias que componen la Filosofía, solo la Ética ó Moral, tenía el honor de ser leída y releída por nuestro pequeño sabio. A la Fisiología é Higiene, si les echaba de vez en cuando un vistazo. Era ya padre de familia y muy bien podría necesitar de los conocimientos que allí se exhiben. La Economía ¿para qué, si él y su esposa eran modelos de orden? Si llevaban sus cuentas corrientes, resultando en el Balance mensual gran mayoría del haber sobre el debe?

De este modo, estudiando lo que le gustaba, y dejando á un lado—apenas conociendo sobre que versaban—las demás Ciencias, el joven consiguió adquirir, no despreciable caudal de conocimientos. La Gramática, la había estudiado un poco antes allá en la Escuela del pueblo: es decir, sabía algo, los primeros rudimentos. Analogía, conjugaciones, algo de Sintáxis, etc., et.

La suegra de Pancho le cedió sus tierras para unir las á las de Frasquita, formando una valiosa propiedad. Hoy era el dueño de doce fanegadas de buena tierra perfectamente cultivada, no solo para cereales, si que también había allí buenos y productivos viñedos. Los árboles eran admirables por su lozanía y abundancia de frutos. Estos, como en tiempos se propuso—se plantaron todos alrededor de las cercas. Como esas cercas eran de piedra labrada, no había más que caminar por cima de ellas canasto al brazo, y así se recogían bien las frutas más elevadas. La huerta prosperó admirablemente. Pancho, solía alguna vez disolver un poco de guano en el agua del riego y ese abono—inmejorable—hacía crecer lozanas las verduras. Los vinos de don Francisco Umarán tenían fama en la comarca; no sabemos qué método empleaba para bonificar el precioso licor. Ello es cierto que cuando el cuartillo de los demás cosecheros se vendía á medio tostón, el de él se pagaba á doble precio. Los cereales, dejando unas pocas para la casa, eran conducidos al mercado y realizados en seguida, lo mismo los productos de huerta y árboles. Así en aquella casa, no solo reinaba la abundancia, sino que diario entraba buena cantidad de patacones. Apenas había un sobrante de 200 ó 300 duros, al Banco con ellos. Decía Pancho que el dinero no debe, depositado en arcas, dormir á la Bartola: es preciso que gire, así hará algún bien á los demás.

Con ta régimen ¿qué milagro que al cabo de 17 años,

ese hombre fuera un labrador de los más ricos? La primogénita de la casa tenía ya 16 años. Llamábase Angelina en memoria de la finada. Esa chica, muy desarrollada para su edad, era una morena desarrollada; en ella sobraba el garbo y el **aqué** tan atractivo y excitante. Por eso al pasear por el pueblo no la faltaban requiebros de los mozos; ¡Olé, viva la gracia! ¡Bendita sea la madre que te parió! ¡Gitana! Y cosas por el estilo. La chica sonreía afable, siguiendo su paseo. Esta niña, desde que cumplió diez años, asistió á la clase nocturna que así mismos se propinaron sus padres: la chica ponía mucha atención á lo que se leía ó se discutía. Los esposos, á veces, emitían sus respectivas opiniones sobre el asunto que estaba sobre el tapete. Por espacio de cuatro años la chica se concretó á oír en silencio; pero apenas á los catorce—ya mujer—dejó su mutismo; tomó la palabra y comenzó á exponer su propio criterio; á externar sus opiniones sobre tal ó cual materia. Y eso continuaba aún en la época presente, en la cual había cumplido 16 años, como ya dijimos. Dos años de lecturas y discusiones arrojan de sí mucha luz: he aquí como esa joven llegó á darse cuenta de muchas cosas que para el vulgo son letra muerta. Los **por qué** de Angelina, eran cosa curiosa. Nos guardaremos de referir las conclusiones, resultantes de su instrucción científica; porque sabemos, de fuente fidedigna, que existen infinidad de sujetos, que cual nuevos albinos, no pueden soportar la luz; por si acaso algún curioso insistiere en conocer los **por qué** de Angelina, lo remitimos á la lectura de tres obras. Tome la Geología y léala inteligente y atento. En seguida el curioso, echará mano á la Historia Natural; recorrerá sus páginas donde campea—sin cortapisas—la evolución animal y no olvidará la Antropología, última é importantísima parte de dicha Historia. Ya bien penetrado de los conocimientos que enseñan las dos ciencias anteriores, agárrese á un buen tratado de Astronomía y, fija la vista y el intelecto en sus páginas láncese á los espacios siderales. Tal vez allí tendrá la dicha de solucionar un problema insoluble, antes, ahora y probablemente después, aun para los más eminentes sabios. Alrededor de esas tres ciencias, gravitaban los **por qué** de Angelina. ¿Sus conclusiones? pues muy sencillo. La ineptitud del hombre para descifrar ciertos arcanos.....

Juanelo, al cual conocemos solo por referencias, era á la sazón un médico-cirujano; sobre todo en Cirujía era famoso. Habíala practicado en tiempos con los animales, y

como él decía siempre—de éstos al hombre no hay más que un paso. Su fisiología y anatomía comparada dan por resultado el conocimiento de que, hueso más, costilla menos, eso no vale nada. Sus principales órganos y funciones vitales presentan los mismos caracteres, desempeñando las mismas funciones. . . . Pues ; nada! decía Juanelo—seré Médico Cirujano: tengo vocación.

Y el viejo Albeitar, como no tenía más hijos y guardaba muy buenos ahorros, mandó al hijo á estudiar y éste, como todo el que estudia con verdadera vocación, siempre en sus exámenes obtuvo nota sobresaliente. Al cabo de 8 ó 9 años regresó á la patria trayendo su Diploma de Médico-Cirujano. Al presente ya había seis años que practicaba con gran éxito su profesión. Huelga decir que el Albeitar no volvió más á ejercer su humilde oficio de curar bestias.

Juanelo visitaba con frecuencia á su antiguo amigo Pancho, al que había regalado no pocos libros para aumento de su pequeña biblioteca.

Los dos amigos hablaban con frecuencia del estudio nocturno que á diario se efectuaba allí. Pancho le refería las conversaciones de Angelina, y sus discusiones sobre esta ó la otra materia. Y á Juanelo le cruzó por la testa una rápida idea. Si pudiera casarse con esa chica. . . pero sí él era 18 años mayor. . . En fin—se dijo—voy á tantear. . . Al otro día volvió muy acicalado. Los espejuelos, cuyos cristales tenían un ligero tinte azul, estaban rodeados de ancho marco de oro: allí no se veía el ojo vizco. La gruesa caña de indias con bonito puño de igual metal y un apéndice de pequeñas borlas, le servía de punto de apoyo al andar, y apenas se notaba el ligero trasteo de sus piernas. ¡Aquello era una gracia! Luego, vestido correctamente, su cuerpo alto y bien formado, presentaba la mayor elegancia. Así es que Juanelo después de mirarse bien al espejo decidióse á correr la aventura.

Convertida en Diosa Flora, Angelina, á la llegada de Juanelo, hallábase en medio de su reino confeccionando un precioso ramo en el cual brillaban las aromáticas azucenas, los regios claveles y las rosas de cuatro colores: esas lindas flores íbalas entremezclando con gajitos de olorosa albahaca y pimpollos de perfumada mejorana: una que otra violeta doble lucía allí prestando encanto y suave aroma al bello y colosal ramillete.

—Buenos días, Angelina—dijo, presentándose de improviso el flamante pretendiente.

—¡Adiós, don Juanelo! cuánto tiempo sin verlo.....

—Pues si vine ayer....

—¡Deveras! y á mí me parecía mucho tiempo.....

Callóse: eso no estaba bien... dar á conocer que nos hace falta alguien... cuando ese alguien es un hombre que no es nuestro padre, nuestro hermano, ó por lo menos tío ó primo: sería más cauta.

—¡Cuántas flores bonitas tienes en tu jardín!

—Le gustan las flores?

—¡Mucho! pero me gusta más la jardinera. La chica enrojeció un poco diciendo para salir del paso:

—¡Qué don Juanelo, tan bromista!

—Sabes Angelina, que ya eres una mujer casadera?

—Pero, para casarse se necesita tener novio.

—¿Y tú, no lo tienes?

—¿Quién me quiere á mí tan fea?

El vizco relampagueó tras el cristal azul.

—Sí; muy fea; pero si yo quisiera ser tu novio ¿querrías tú?

Esta vez Angelina palideció pensando que el Médico-Cirujano acaso había conocido que á ella le gustaban, hacía tiempo, los espejuelos y el bastón de borlas de don Juanelo.

—¡Eh! ¿por qué te callas?

—Porque creo que Ud. está de broma.

—Yo no bromeo; es la verdad. ¿Me querrías tú?

—En casa, todos le queremos.

—Sí, sí, ya lo sé; pero ¿te casarías tú conmigo?

Ahora se puso roja, contestando:

—¿Habla Ud. de veras?

—Sí; muy deveras.

—Pues entonces, dígaselo Ud. á mis padres.

Dicho lo cual corrió á esconderse tras un apiñado grupo de clavelones, mirtos y rosales.

Juanelo encaminóse á la huerta donde Pancho y Frasquita reposaban tranquilamente bajo la frondosa copa de un enorme manzano.

—Salud amigos—dijo estrechándoles las manos.

—¡Bien venido! Siéntate á nuestro lado: el rústico banco da para todos.

—Vengo á participar á Uds. que me caso.

—¡Anjá! ¡muy bien! Ya debías haberlo hecho.

—No podía, porque no hallaba mujer á mi gusto.

—Y, ¿ya la hallaste?

—Sí; yo quiero tener una mujer propia que sepa hablar

conmigo de alguna otra cosa que de los gastos diarios, de las cocineras y de la carestía del Mercado. Todo eso me aburriría pronto: deseo otra clase de conversación más variada y amena. Ya sabes que soy fanático por las Ciencias; pues mi mujer las conoce, y sabrá hablar de ellas.

—¿Y quién es?

—Tu hija Angelina.

Pancho lanzó una alegre carcajada, diciendo:

—¡Pero hombre! ¿te gusta la rapaza?

—¡Mucho! Y, si me das permiso, antes de ocho días será mi esposa.

—Pues hombre; no podría yo hallar un yerno mejor que tú. Siempre fuiste para mí una especie de Ninfa Egeria: me guiaste y fuiste el iniciador del bienestar y felicidad que hoy disfruto. Si la chica te quiere—porque eso sí, ha de haber simpatía—tú con una mano y yo con dos.

—Pues la cosa es hecha; porque tu hija siente gran simpatía por mí. Acaba de decirme que hable con Uds. sobre el asunto.

—¡Miren la zorrita—dijo la madre—y nosotros sin saber ni lo mínimo del proyecto!

—Es que yo, hasta hoy, no la había dicho nada—añadió el novio.

Ocho días después se efectuó la boda en la cual abundaron los más variados dulces y selectos vinos. La desposada se trasladó á su nuevo domicilio, que radicaba en la ciudad donde tenía Juanelo numerosa clientela como afamado Médico-Cirujano. El viejo Albeitar vivía con ellos, encantado de la gracia y saber de su joven nuera, que sabía hablar de todas las cualidades y defectos de aquellos cuadrúpedos que, por muchos años, él había manejado. Ella le sacaba la pajita, porque describía las razas, y él solo se había dedicado á curar al individuo sin conocer su origen; pero como la chica tenía talento, describía la cosa sin que el suegro se percatara que le superaba en conocimientos. Con un ¡Ah! fué que Ud. no se fijó en este ó el otro distintivo característico de la raza árabe, andaluza, normanda, etc., etc. El buen hombre quedaba convencido de que, sí conocía las razas, pero no se había fijado....

Don Francisco y doña Frasquita; don Juanelo y doña Angelina, fueron toda su vida un modelo de esposos. Los cuatro personajes se habían asimilado desde tiempo atrás, los preceptos de la moral cristiana. ¡Nada de máscaras! Acciones buenas puramente intrínsecas. ¡Afuera la hipocresía!

Afuera el parecer y no ser. Ellos querían parecer y ser... y lo consiguieron ¿Serían tan felices por eso? Creemos que sí.

Cuando por su profesión, Juanelo se veía forzado á ejercer su ciencia en un burdel, salía de allí echando pestes y murmurando: ¡ Ah, Solón, Solón! Sí, fuiste un sabio; pero cometiste el error de ser el primero que fundó estos despreciables asilos del vicio y la prostitución. Si volvieras al mundo, te espantaría el enorme incremento que han tomado esas inmundas cloacas.....

Dejando estas dichosas familias, daremos noticia de doña Carmen, asociada á la fundación del Hospicio de huérfanas. Por ley natural del inexorable destructor de todo lo que alienta, esa señora rayaba ya en la vejez. Casi todo el día lo pasaba enmedio de las educandas distrayendo así su soledad. Cuando llovía y la calle era intransitable pasaba la noche en el cuartito de segundo piso. Allí sentábase á escribir á alguna de sus hijas y á veces á las dos. Hacía muchos años que Corina y Adela vivían lejos de su madre. Corina se casó con don José González, rico propietario, allá en los Sauces, distante siete leguas de la ciudad; pero por mar se podía efectuar viaje en dos horas. Así, esta hoja, había venido á visitar á su madre algunas veces, no muchas, porque su numerosa prole ya le obstaculizaba esos paseos. Respecto á Adela pasáronse muchos años sin verla. Su marido, abogado de nota, tenía su bufete abierto en la ciudad de los Llanos, á seis leguas de la capital. Para efectuar ese viaje había que subir á lomo de bestia la altísima cumbre Nueva, para cuya ascensión hay que recorrer una multitud de vueltas en zic-zac, no muy agradables al viajero. Así es que Adela no emprendía viaje porque, tan prolífica como su hermana, tenía también una serie regular de retoños; y era punto menos que imposible llevar por esos peligrosos vericuetos.

Doña Carmen tenía la esperanza de que sus hijas volverían pronto á radicarse en la ciudad. Sus yernos la habían prometido que antes de dos años se efectuaría el traslado. ¿Por qué no iba la señora á vivir con alguna de sus hijas? Muy sencillo. Había prometido al fundador, vigilar por la prosperidad del Hospicio, y cumplía su promesa. Ese establecimiento progresaba. La Bonifacia, que nunca quiso mudar de ama, era á la sazón la cocinera, siendo una educanda de las mayores su ayudanta, en el servicio culinario. Un día una, al siguiente otra, todas las niñas turnaban en

ese oficio. Desde la edad de ocho años, comenzaban á practicar; así es que al ajustar los 16 en que se las daba de alta, sabían fácilmente confeccionar toda clase de manjares (y abriendo un paréntesis, decimos aquí, á las señoritas del **teclado**, que aprendan el arte culinario; porque la vida, tan variable y llena de alternativas, donde puede muy bien campar la pobreza, quizá exija que ellas mismas sean cocineras, un día. Además, "Lo cortés no quita lo valiente", bien pueden ser consumadas pianistas y al mismo tiempo expertas confeccionadoras de vianda. El arte culinario, por más prosaica que sea la afirmación, es el primero de todos los artes, puesto que mantiene el organismo apto para el desempeño de cualesquiera otras funciones. No comáis, y ya veremos en qué paran vuestros arpegios musicales. Aunque sobre este asunto hay mucho que decir, este relato, medio histórico, clama porque cierre ya el paréntesis: le obedecemos.) El mismo método se empleaba en el lavado y plancha: siempre alternando se conseguía que todos tuvieran conocimientos iguales. Al dejar el Hospicio iban provistas de medios para vivir ganándose, por sí mismas, la subsistencia. Por tres veces se habían renovado las asiladas. No dejaban el Hospicio sin que antes la Directora gestionara para su colocación. La mayor parte optaba por alquilar entre dos ó tres un cuartito propio. Como sabían diversos oficios nunca les faltó trabajo. Algunas se casaban. Otras entraban como amas de llaves, en casas pudientes, llevando el libro diario de cuentas. Por manera que el Hospicio fué para esas pobres huérfanas una verdadera bendición.

Algunas tardes doña Carmen, salía á la azotea y sentándose á mirar el inquieto vaivén del oleaje, pensaba en don Alberto; qué habría sido de él. ¡Tantos años sin dar de sí noticia alguna! Talvez habría muerto... no lo quisiera Dios! Recibió de Tenerife una carta y los diez mil duros para el Asilo; recibió otra de New York, anunciando el negativo resultado de sus pesquisas en la gran ciudad. Aún volvió á tener noticia, en esa tercera carta, don Alberto le decía que se lanzaba al interior, en pos de los fugitivos, pues había tenido una ligera noticia de ellos: iba á seguir la pista. Las dos primeras cartas fueron contestadas; la tercera no porque la señora ignoraba en cuál de los Estados estaría don Alberto. Después corrieron más de quince años sin tener noticia alguna del viajero benefactor.....

Habían pasado tres Bajadas de la Virgen, asistiendo la doméstica á todas las **lobas**. Le había dicho á doña Carmen

que tenía promesa de no ir á una, en penitencia por haber sido despegada pa aquella probe señora el día que no quería el caldo.

Apenas llegaba la víspera de la procesión, decía :

—Verdá dueña Carmen que entoavía estoy jovene?

—Sí, mujer ; si cada día estás más remozada.

—Pos antoce cumpliré la promesa pa otra Bajada, y voy mañana á la loba.

Así pasaron tres quinquenios sin que la promesa se cumpliera. No se vaya á creer que la fámula entendiera algo del Divino Arte, ni menos la letra de la admirable Loa, obra del mejor poeta palmense, don José Fernández. Nada de eso, lo que Bonifacia quería era estrenar la bonita indumentaria que preparaba para tales días. Y ella que entendía de que tal Loa fuera una invocación á los cuatro elementos, para que vinieran á rendir culto á María? Ni de que cuatro niños, vestidos de ángeles la cantaran maravillosamente, y la música fuera de **primo cartello**. ¡ Bah! eso se deja para la *Estética*! Sin embargo, ella conocía y practicaba esa Ciencia á su manera ; exhibiéndola en los pésimos adornos de su vestimenta : especialmente en la combinación de los colores discordantes y chillones.

Ahora diremos que el buen doctor don Prudencio, ya en plena vejez, había tenido ocasión de referir á los buenos clínicos, algo del famoso caso asfixia por extrangulación—por supuesto, sin dar nombres propios.—Hizo la exposición de emplear en casos análogos los mismos procedimientos. Pero, hijos míos : ¡ mucho ojo! Si hay manchas moradas en forma de dedos, no dudéis, se trata de fuerte pescozón. En tal caso, en la rapidez conque apliquéis mi método estriba la salvación del agredido. Yo tuve el deseo de comunicar á mis colegas, en aquella época, esa cura casi milagrosa ; pero me detuvo el recuerdo de ciertas orejas de burro. . . . En fin, entended que todas las asfixias no proceden de igual causa. Si la causa es cardíaca no hay remedio humano ; y si la familia insiste en que apliquéis algo, mandad una cataplasma cuando el muerto se enfríe. Hijos míos, la carrera médica es bastante espinosa ; si alguno de vosotros tiene la suerte de curar á un potentado puede estar seguro de la apoteosis : nuevo Esculapio, le sacrificarán el gallo. Pero si por desgracia muere en vuestras manos el enfermo, ¡ ay de vosotros! Habéis errado la vocación ; mejor os convendría ir á un potrero á pastar en medio de vuestros congéneres. . . . Con que, jóvenes, mucha paciencia y siempre agradable semblan-

te, eso anima al enfermo; y el viejo doctor se marchaba.

Uno de los jóvenes preguntó á otro:

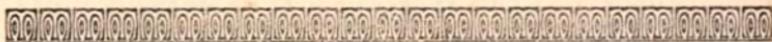
—¿Qué querría decir el maestro con eso de las orejas de burro?

—¡Hombre! eso quiere decir que se trataba de un secreto. ¿No te acuerdas del Rey Midas?

—¡Ah, ya, ya sé! Dramas de familia.....

Dejando ya consignada la situación presente de nuestros antiguos amigos, los dejamos por ahora para entrar en relaciones con otros nuevos personajes que han de figurar en esta Historia.





## CAPITULO XIV

### EL PAISANO

Vamos á dar, en una fresca mañana de Junio, un paseo por las afueras de la Capital de la Provincia.

Si quieres seguirme, amigo lector, tenemos que subir una pequeña cuesta; desde allí echaremos una mirada al gigantesco Teide, que allá á lo lejos teniendo á sus pies los deliciosos campos llamados Rodeos, levanta altanero su cabeza descortez siempre cubierta con el niveo gorro, que jamás se quita para saludar á seis hermanas que desde sus alturas ve, recostadas, acá y allá, sobre las movibles ondas del Atlántico. Quédese en paz con su ingénita altivez y subamos un poco más la cuestecilla. Ya entramos en camino llano. ¡Qué de primores descubre nuestra vista! El gran ornato de los campos son indudablemente las frondosas arboledas: el encanto del oído, los trinos y gorjeos de los múltiples seres alados que libres y dichosos revuelan en las frondas, que deleitan la mirada. He aquí una extensa llanura poblada de variadísimos frutales. Oíd el trino del Capiroteruiseñor de las Canarias—el gorjeo del Pinto, el agudo silvido del Mirlo, la cadencia gutural del Chichillón, el medio canto del canario vulgar, el dulce arrullo de la tórtola y el aún más expresivo de la torcaz. ¡Qué abundancia de perales! ¡Cuántos manzanos! Los duraznos doblan sus ramas bajo el peso de las frutas. ¡Cuántos ciruelos! Blancos, mulatos, agustinos. En los altos guinderos brillan, cual negros azabaches, sus frutas en panoja; por eso revolotea y silba ahí tanto Mirlo, es la guinda su alimento favorito. No faltan aquí los sabrosísimos damascos y sobran los altivos castaños cubiertos de candela. Las higueras de todas clases ofrecen su abundante fruto á los pájaros cantores; los nopales exhiben

sus palas rodeadas de apretada aureola de pepinos. El membrillo escasea. . . . en cambio, abundan los naranjos, las pequeñas albérechigas y duraznos pelones, barnizados finamente por la Naturaleza. ¡Qué Balsera, tan hermosa! ¿Sabéis lo que es una Balsera? ¡Nó! Os lo diré. Figuráos un círculo de seis ó siete metros de diámetro; en la circunferencia han sembrado de dos en dos metros, palos de loro (laurel silvestre). Cuando han crecido bien alto, se siembra al pie de cada árbol una cepa de vid, planta trepadora que en poco tiempo se enreda al tronco y sube ganando las alturas del loro; de ahí comienzan á descender los largos pámpanos cubiertos, á su tiempo, de hermosos racimos de uvas de todas clases. Aquí veo la verdello, la listán, la bujadiego, la negra. ¡Ah, ah! ¡Magnífico moscatel! Está en sazón y voy á cogerlo. ¡Coje! susurra á mi oído izquierdo el gran Corifeo del Socialismo.—¡Coje! la propiedad es un robo. ¡No cojas!—me grita á la derecha la voz estentórea de la Ley—“La propiedad es sagrada.” Corro, huyendo á escape de la balsera y el llano tentador. . . . Sigamos, pues, nuestro camino, amigo lector; la prudencia aconseja huír de la tentación para no caer en abismos. Sigán su eterna lucha el Socialismo y la Ley vigente; y á quien San Juan se la dió, San Pedro se la bendiga.

Vamos caminando un poco más arriba. Allá veo venir un bulto: es un paisano. Le preguntaré para saber siquiera á quien pertenece ese paraíso que dejamos atrás: ya está cerca. Es un hombre joven y el pintoresco traje le sienta á maravilla. Ancho calzón corto de blanco lino, con espiguetas y bordados á la orilla, polainas de lana negra atadas bajo la rodilla con ligas de seda que llevan borlitas en la punta y forman lazo al dorso de la pierna, zapatos de venado, cuero amarillo, de superficie aterciopelada. Largo ceñidor negro listado á trechos con los colores de la bandera nacional, después de dar varias vueltas á la cintura enlaza los extremos—que terminan en flecos—dejándolos caer un poco, al lado izquierdo. Camisa de igual tela de las bragas, con anchas mangas sujetas á los bordados, puños que se abrochan con gemelos de oro ó plata—no de similar—cuello vuelto, también bordado, pequeño chaleco que no cubre el ceñidor, con dos hileras de botones plateados que jamás se abrochan. Esta prenda es de terciopelo negro ó verdebotella, la espalda es blanca y bordada diez centímetros de altura con lana negra. Y la montera? No es tan fácil describirla. Al fin, diremos que está formada por seis ú ocho cascos cortados en forma de

triángulos insóceles que se cosen uno á otro formando en el vértice una punta aguda que se sostiene enhiesta merced al forro engomado; la circunferencia de la base de los triángulos unidos ha de coincidir con la de la cabeza del sujeto que lleve la montera; ésta es siempre de paño negro ó azul muy oscuro. A la mitad exacta de la prenda se le pega en la parte posterior un pedazo de la misma tela, cortado en losanje, cuyas puntas angostas se doblan hacia dentro uniéndolas bien, una con otra, por medio de sólida puntada. En el medio círculo restante, que es el delantero, va la luneta, recortada en cartón, forrada en el reverso con la misma tela y en el anverso con paño rojo; esta extraña luneta forma un medio arco ancho y puntiagudo al centro, se cose bien á la gorra y se cubre la costura con un ribete de cinta de seda amarilla. El pico de la montera y el de la luneta forman dos conos agudos, aunque el último está en plano mucho más bajo. Tal es el pintoresco traje que usan estos campesinos. No llevan ni arma blanca ni de fuego; en cambio portan el inseparable palo. Este, es grueso, tiene un pie más alto que el sujeto que lo lleva y el regatón es de hierro; arriba un arco de otro metal brillante, coronado por la temible argolla. . . . Insultad á ese hombre y el palo funcionará con vertiginosa rapidez: no correrá la sangre, aunque si el insultado quisiera os partiría la cabeza de un garrotazo; mas no es sanguinario: se contenta con dejaros atortolado por un rato.

Mientras hemos bosquejado su indumentaria, llega el hombre y. . . . ¡Buenos días, paisano!

—¡Venga cun Dios!

—¿Me dirá Ud. á quien pertenece esa llanura de frutales que dejamos atrás?

—¡Gui! Antoce el señor es del extranjero?

—No; soy del país, pero hace tiempo que me ausenté de él.

—Pos antoce ¿vendrá de los Madriles?

—Justamente; de allá vengo.

—Dígame señor, y osté perdone, ¿dis que güelve haber trefulca por allá?

—Algo de eso hay.

—¿Y por qué es agora la pelotera?

—Pues porque unos quieren á la Reinita Isabel, y otros á don Carlos, hermano del finado Rey.

—¡La Santísima Trenidá!! don Carlos, nó; porque agora güelven las quemas.

—¡Ah! ¿Tiene Ud. miedo de la Inquisición?

—Sun señor, mucho! Como me contó poco deso mi agüela. . . . y de la varita vertú que ponían enría de la cabeza á las viejas. . . . Si la varita caíba: bruja! y pa la quema; si no caíba: la dejaban dir suelta. Mire, señor, yo soy moro de paz; mi tierrita, mi yunta y mi trabajo; pore si llego á goler que el Calrros va ganando, man que me lleve el de moño agarro el fonsil y me voy pa los Madriles: no están lejos, porque tío Sebastián dice que la luna que alumbra aquí, es la mesma que alumbra en los Madriles.

—¡Oh! tío Sebastián es un buen astrónomo. Pero so-siéguese Ud. El partido de la Reina está muy fuerte; no ganará don Carlos.

—¡Jin di bien! venaiga su alma aque tan güena noticia trujo! Pa decícela á la Catana, que del susto ya está que se le qué el cuajo.

—¿Y por qué se asusta tanto?

—Por morde las levas; no seya que le jalen al hijo.

—Ahora no habrá levas; dígaselo Ud.

—¡Jin di bien! Eнденantes, osté me preguntó por la llanada de frotales, y perdone que no le haiga contestao, porque con el ron, ron, de la pelotera que hay por allá, queriya saber algo deso. Pos el llano y tuito cuanto osté arcanze á ver jasta aquel caserón grande de allá enría, y antoavía más, es de dueña Pilares del Castillo.

—¿Y esa señora vive en esa gran casa?

—Agora, sun señor; porque dis que le asienta lo cam-pirano.

—¿Es joven?

—¡Huy! Si es más vieja que Matosalén.

—Tendrá familia!. . . .

—¡Niesto!—El paisano metiendo el pulgar en la boca, tiró con fuerza hacia fuera, acción significativa para negar rotundamente cualquier cosa.

—Entónces, esa señora vive sola?

—Non señor, vive con la Lisa.

—¿Quién es esa Elisa?

—Una mujer que trujo doña Pilares paque la toque música y le leya pa dormir.

—¡Ah! entonces es una dama de compañía.

—Sun señor; compañía la jase y á pasiar la lleva mun cogida por el brazo paque la vieja no trompiese.

—Pues esa Elisa, es una buena señora de compañía.

—¡Huy, huy, huy! Que osté no sabe. . . . Aquello es

paque dueña Pilares la jalague y la deje heredada. La Lisa tiene mu mal corazón.

—¿Cómo sabe Ud. eso?

—Porque la Bastiana es la cocinera de allá, y como es mun parienta mía y güele todo lo que hay en la casa, me lo cuenta.

—¡ Ah! tiene Ud. allí una parienta?

—Sun señor; el agüelo della era tío de un compadre de mi agüela.

—¡ Pues, ni con un galgo!.....

—¿Cómo jabla, señor?

—Jue el parentesco es muy cercano.

—Pos le digo á osté que siempre llega alguna vesita de la suidá; y pa ese diya se jase muncha cosa güena. Se enciende el jorno pa las tortas, pasteles y otros comistrajés. La Bastiana está arregostada á que yo la ayude en esos trancos. Las vesitas siempre son de hombres solos, y á tuitos se les qué la baba por la Lisa, porqués mu zalamera. Endespúes le mandan papeles con bonitas escrituras y mu buenos ramos de flores; y ella riéndose y bulrrándose de todos, bota al fuego papeles y ramos.

—Será que esos señores no le gustan.

—Y antoce ¿paqué está con ellos como unas mieles? Si no le gustan vía de estar seria con ellos.

—Tiene Ud. razón. Veo que esa Lisa es una señora coqueta.

—Jin di bien! ya osté lo pernunció. Yo creyo que osté va pallá.

—Sí; pienso visitar á doña Pilar.

—Pos como osté mantrao por el ojo, le voy á dicir un consejo: tenga mucho cuidao con la Lisa; seya osté tredo y no jaga cuenta de zalamerías. No quiero que de osté se bulre ese mal corazón.

—Muchas gracias, paisano; ya me acordaré de sus consejos. Voy á ver si llevo á casa de doña Pilar.

—Que el Señor me lo lleve con bien!

—Y el hombre siguió su camino.

El lenguaje de este campesino no lo aceptaría la Academia, pero el paisano con su buen criterio aborrece los Gobiernos absolutos, y mira de reojo á las coquetas. No tiene él la culpa de su ignorancia. Tiénela la falta de Escuelas.

---

NOTA DEL AUTOR.—El lenguaje usado por el paisano, es textual. Ya había, desde años atrás, Escuelas rurales.—Qué tal serían los maestros, cuando en el año 79 del siglo pasado, aún hablaban así, si no todos, muchos campesinos de cierto pueblo!

Al fin llegamos á la gran casa, que desde luego demuestra ser solariega y propiedad de rancios pergaminos. Un muro—no muy alto, pero sí construído de sólida mampostería—intercepta nuestros pasos; mas, como tenemos el privilegio de poder saltar todo, le franqueamos. cayendo en un gran patio muy bien embaldosado, como losas de las canteiras Canarias. Tres puertas y cuatro ventanas se abren en el piso bajo. En el alto campean siete ventanas con cristales chicos á la antigua. En la puerta del medio columbramos una escalera de caracol; es ancha y con buen barandaje; subamos por ella. Al terminar la ascención, entramos en una amplia antesala amueblada con sillería de antiquísima forma. Un gran reloj colocado en la cúspide de estrecha caja deja caer, cajón abajo, guindando de dos liñas, sendas pesas de plomo. Virando por uno de esos mecates, sube el otro y ya está dada la cuerda. Nada de llave ¿para qué? es más cómodo, y sobre todo más rápido este modo de hacer funcionar al vetusto reloj. Dejando estos vejestorios vamos al salón; quizá allí habrá más modernismo.

El salón es grande, todo adornado de cortinajes color carmesí con flecos amarillos. El sofá donde, por su anchura, pueden dormir cómodamente dos personas, lo mismo que los múltiples sillones, tienen tapicería de igual color todo ello adornado con los consabidos flecos amarillos; en las paredes se ven muchas cornicopias, microscópicos espejos con guarniciones historiadas, del tiempo del Rey que rabió.

Si toda la casa está adornada en esta guisa, sería oportuno avisar á un anticuario, que estaría en sus glorias revisando estas notabilidades de su incumbencia.

Por nuestra parte preferimos asomarnos á una de las ventanas de cristales chicos, á ver si contemplando la Naturaleza siempre joven y fresca, ahuyentamos la mala impresión que nos causan estas antigüedades nobiliarias. Al frente tenemos, algo lejos sí, pero se domina bien—el medio paraíso de frutales que ya conocemos. Más abajo se distingue el puerto atestado de embarcaciones, unas mostrando sus mástiles desnudos, otras con velas desplegadas como ave ya dispuesta al vuelo. El gran Atlántico, extiende sus movibles aguas, y allá en la lejanía del horizonte vense desfilar grandes buques, semejando gigantescos broches que enlazan el Cielo con las salobres ondas. Volviendo la mirada á derecha é izquierda vemos por todas partes feraces campos. Unos cubiertos de ricas mieses, otros de lozanas arboledas. Rebaños de ovejas guiadas por pequeños pastorcillos,

van por los caminos ramoneando, mientras sus conductores se divierten tocando flautas de caña, con cierta agradable cadencia..

Sin duda, Pan echó mirada protectora sobre esos noveles artistas que jamás estudiaron Solfa.

Por entre las frondas, vislúmbrense á veces las siluetas de grandes casas pertenecientes á ciudadanos ricos; y allá, á lo lejos, véense collados, montañas y montes, formando último término al paisaje. Algunos arroyuelos corren aquí y allá orillados por silvestres flores: entre ellas es notable el arrayán; muchos lirios acuáticos; las rojas amapolas que sin cultivo alguno, crecen espontáneas, entre las innúmeras violetas que alfombran el suelo. Por todo el paisaje al Norte y Sur, véense diseminadas pequeñas casas que, lanzando espirales de blanco humo, se anuncian como moradas del labrador.

¡ Dichosos de vosotros, pequeños propietarios! Sois más felices en vuestros rústicos albergues, que en sus palacios muchos potentados. ....

Dejando la ventana, pongamos atención al ligero rumor de unos pasos que se acercan. Abrese una puerta y aparece una mujer. Esta debe ser la Lisa del paisano. El porte es magestuoso, estatuario. La cara muy hermosa, pero falta en ella la expresión. ¿Cómo dice el paisano que todos se enamoran de esa dama? No tengo noticia de que alguien se haya enamorado de la Venus de Milo. ¿Quién va á enamorarse de una estatua. ....?

¡ Ah, sí! Pigmalión, gran escultor de Chipre, se enamoró de la estatua de Galatea, que él mismo fabricó; pero tuvo la suerte de que Venus, muy ducha en amoríos, dió vida á la escultura y el autor se casó con ella. Pero esta Elisa, según dice el paisano, se burla de los hombres. Acaso la Lira de Orfeo podría conmoverta como á todos los seres de su tiempo: allá veremos. ....

La altiva dama vestida de amplia bata color tórtola, sacude con el plumero que porta los vetustos muebles, abriendo una hoja de la ventana para dar paso á los átomos de polvo que revolotean en el aire. Echa una mirada desdeñosa y fría á las bellezas de Natura, dejándola vagar al fin sobre el extenso mar. .... al mismo tiempo que un cañonazo anuncia la salida de un buque. La dama, sin duda enemiga de estrepitosos ruidos, murmura algo que no oímos, pero sí vemos que cerrando violentamente la ventana, da una furiosa patada en el suelo. Dos cristales desprendidos de las

viejas metopas protestan de la injusta agresión con plañidero acento, haciéndose pedazos allá abajo en el patio. Entre tanto, la agresora, roja de cólera, exhibe ahora soberbia belleza, desapareciendo por completo la frialdad de la estatua: sus grandes ojos, antes sin expresión, lanzan fulgurantes destellos de luz, y su mirada opaca tórnase destructora como el rayo. Esa cólera es grandiosa, pero si nos produce admiración, también nos sobrecoje algo de terror.....

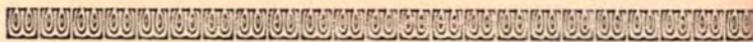
El sonido de una campanilla agitada con violencia, cambia la situación.

¡Qué querrá esa vieja!—dice la dama, levantándose del sillón donde se había dejado caer.

En una rinconera del salón había oculto tras un gran florero un pequeño grifo y un vaso; abrió la llave, llenó el vaso de agua y lo apuró, consiguiendo calmar así su febril estado de excitación. Después se acercó á una cornicopia; se compuso el pelo y ya serena, pues el agua fría es gran calmante en casos de rápida cólera, dirigióse precipitadamente á la puerta por donde entró, siguiendo una pequeña galería, abrió otra puerta entrando en el cuarto de doña Pilar.

Entremos nosotros.





## CAPITULO XV

### DOÑA PILAR DEL CASTILLO

El cuarto dormitorio es grande. No hay para que describir el mueblaje, pariente muy cercano del que, en antesala y salón, hemos visto; solo discrepa en el color de la tapicería; aquí es color violeta con las correspondientes cenefas de tono más oscuro. La gran cama española muy capaz para asilar tres ó cuatro personas, tiene pabellón de damasco lila con agremán de plata. La colcha de igual color está adornada con ancho rodapié de randas y bordados que llega al suelo. Las fundas de almohada de fina batista, llevan volantes de tul con primorosos dibujos.

Si el lecho no es moderno, por lo menos es rico; y váyase lo uno por lo otro. La anciana señora frisaría en los setenta y cinco ó ochenta años. ¿Fué bella allá en tiempos? No podríamos decirlo porque á esa edad el físico ha cambiado por completo. Sumamente delgada y muy achacosa. Su aspecto benévolo, de señora bien educada, es lo que se había conservado en ella; porque justamente, eso es lo que no cambia nunca mientras se conserve la razón. La señora sentada en la cama, y aún cubierta con los abrigos, vestía chambrá de franela blanca y en la cabeza llevaba pañuelo de seda de igual color. Arrolado al brazo tenía un rosario de cuentas de oro con los gozos del tamaño de avellanas; las tres artísticas medallas que terminaban la prenda, exhibíanse de gran tamaño. Era una soberbia alhaja que hablaba muy alto á favor de la riqueza de su dueña.

A la llegada de Elisa, doña Pilar tomaba un polvo de rapé rosa, de una preciosa caja de plata con incrustaciones de oro y pedrería. Después de absolver el aromático polvillo guardó la caja en el bolsillo de su chambrá, diciendo:

—Ven querida Elisa : dormía aún cuando un ruido como de cristales rotos me despertó. ¿Sabes tú qué lo ha producido?

—Sí, señora ; una cosa muy sencilla. Abrí la ventana del salón para que saliera el polvo y una ráfaga de aire, algo fuerte, cerrando la hoja con violencia hizo desprender dos cristales que fueron á estrellarse abajo en el patio.

La dama mentía serenamente.

—Pues hija, hay que mandar á la ciudad lo más pronto á comprar esos cristales, porque los aires colados son malsanos. Dile á Domingo que tome las medidas y vaya en seguida á traerlos ; si no halla masilla, aquí se puede hacer fácilmente una muy sólida con un poco de cal revuelta con clara de huevo : es mezcla muy durable y está al alcance de todos. Anda, querida y vuelve para hablar un poco.

Elisa salió á impartir las órdenes, regresando poco después ; sentóse á la cabecera de doña Pilar.

—¿Sabes, hija mía, que me tiene preocupada un sueño que tuve anoche?

—¿La señora se impresiona por sueños?

—Según sean. Si el sueño nos presenta una persona perdida á la cual hemos querido mucho, es muy posible que nos conmueva. Por el recuerdo vemos las personas y las cosas como á través de un velo traslúcido, mientras que las imágenes que en sueños se nos aparecen, no habiendo velo alguno entre ellas y nosotros, las contemplamos tan claras y distintas como son ó fueron ellas mismas. No sé si persona alguna puede dar explicación satisfactoria sobre un fenómeno al parecer misterioso. . . . A lo menos para mí. . . . Ello es que anoche he visto en sueños á mi inolvidable hermano Rafael, pero tan igual, que parecía cosa increíble esa aparición del que fué. . . . Pero Rafael no estaba solo. A su lado había una preciosa joven cuya cara me era enteramente desconocida. Mi hermano, ó su sombra, dió sonriendo dos pasos hacia mí, y después de señalarme la joven, ambos desaparecieron. Ya ves si tengo motivo para preocuparme.

—Realmente, señora, ese sueño es muy raro.

—Alguna vez te he hablado de Rafael. Hoy con motivo de la emoción que me ha causado su aparición en sueños, seré más explícita.

—Comienzo por decirte que allá en mi juventud amé mucho á un hombre á quien la muerte arrebató temprano. Perdido mi primer amor, no volví á pensar en otro ; aunque no me faltaron pretendientes, que al decir de mis contem-